

REPRESENTACIÓN E HISTORIOGRAFÍA
EN MÉXICO 1930-1950.
“LO MEXICANO” ANTE LA PROPIA MIRADA
Y LA EXTRANJERA*

Ricardo Pérez Montfort
*Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social*

[...] hay un intento muy serio de comprender nuestro pasado
a la luz de la noción del ser mexicano
como una posibilidad siempre abierta,
siempre en trance de realización.

Edmundo O’Gorman, 1963

I

La historiografía que se practicó en México desde fines de los años treinta hasta principios de los años cincuenta del siglo xx pasó por una transformación de singular im-

* El presente trabajo retoma algunas ideas que revisé con anterioridad en un artículo publicado en el libro *Cincuenta años de investigación histórica en México*, compilado por Gisela von Wobeser, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad de Guanajuato, 1998. La actualización, corrección y ampliación que ahora se presenta se realizó en el marco del Colegio Internacional de Graduados (CIG) México, por convocatoria de los doctores Stefan Rinke y Bernd Hausberger.

portancia tanto de enfoque general como de metodologías y objetivos específicos. Los cambios que tuvieron lugar en el sentido de su práctica como ejercicio intelectual, así como en la función social que debía desempeñar, se fueron dando de forma gradual, mediados por cierta vinculación internacional y por una cada vez mayor asociación entre humanistas, científicos sociales y las recién creadas instituciones académicas. Orientada sobre todo por intereses nacionales y nacionalistas, pero también por un tibio llamado a observar fenómenos más allá de sus fronteras, y a continuar formando parte de los objetos de estudio de las academias y las artes estadounidenses y europeas, la historia mexicana se dejó influir por corrientes de pensamiento occidentales, al mismo tiempo que construyó, entre ambigüedades y pretensiones localistas, un sistema que satisfizo tanto al discurso político del momento como al devenir humanístico de academias y cenáculos de historiadores, literatos y filósofos.

El tránsito de un tipo de historia ideologizada –creadora de conciencias e identidades “revolucionarias”– hacia una historia con mayores pretensiones científicas y filosóficas, se dio en medio de diversos ajustes políticos y económicos que, en los espacios nacionales, determinaron el paso del gobierno del último caudillo revolucionario –el general Lázaro Cárdenas del Río– al del llamado “civilismo” encabezado por Miguel Alemán Valdez. En lo internacional, los cambios de enfoques y metodologías en materia historiográfica se dieron en esos mismos años siguiendo, a veces con tropiezos y en otras consecuentemente, el reordenamiento económico y político que trajo consigo la segunda guerra mundial y sus primeras consecuencias. Tanto en Estados Unidos como en la mayoría de los países europeos, se

vivió un “cambio de rumbo” que desde luego afectó a las interpretaciones históricas, afirmando algunas y desechando otras.

Así, afinada por algunos ejes que se reconocían por el prefijo y la nota “re” –la reorientación del proyecto posrevolucionario, la reformulación de sus temáticas y métodos y la reubicación de México en el espectro académico internacional–, la actividad de los historiadores mexicanos de la década de los cuarenta puede verse como la coexistencia de diversas formas de hacer historia, muy común en la experiencia nacional del último tercio del siglo XIX y los primeros veinte años del siglo XX, en que unas van de salida y otras aparecen poco a poco con ciertos visos de originalidad. Entre las primeras podrían contarse el dogmatismo católico, el positivismo y cierto marxismo un tanto elemental, y entre las segundas destacaron sobre todo el historicismo, también reconocido como relativismo histórico o perspectivismo, que se insertaba sobre todo en la historia de las ideas, y el materialismo histórico, con un énfasis particular en la historia económica.¹ Una imprecisa pátina de liberalismo cubrió buena parte de estas corrientes dándoles ciertos aires de continuidad, aun cuando los desacuerdos entre métodos y objetivos aparecieron con frecuencia en los espacios académicos.

Sin embargo, en este tránsito de los años treinta a los años cincuenta otra preocupación inundó a los ambientes culturales y académicos, logrando inmiscuirse en la mayoría de las corrientes historiográficas que convivían en el México de entonces y dejando una huella bien marcada en esa generación

¹ MATUTE, *La teoría de la historia*, p. 18.

de historiadores activos. Se trataba de un empeño particular por encontrar las originalidades de la cultura y los quehaceres locales, de aquello que se consideraba “propiaamente mexicano”. Temas, técnicas, métodos, objetos de estudio, definiciones, horizontes, creaciones y espacios se dedicaron a tratar de encontrar y mostrar las especificidades de “lo mexicano”. En este proceso fue, sin duda, importante la contribución de los humanistas, los académicos y los artistas mexicanos, pero también lo fue el reconocimiento y la mirada de muchos intelectuales y creadores internacionales.

Estos intentos por descubrir lo específico de “lo mexicano” ya se percibía desde por lo menos los primeros años veinte; sin embargo, fue durante los años treinta, cuarenta y cincuenta cuando adquirió mayor relevancia en el ambiente intelectual nacional e internacional.² A ello contribuyeron infinidad de talentos y recursos mexicanos,³ pero justo es reconocer que coincidió también con la emergencia de los nacionalismos europeos, americanos y asiáticos, cuyos extremos protagonizaron movimientos tanto de extrema derecha como de izquierda radical y participaron activamente en los inicios, el desarrollo y las secuelas de la segunda guerra mundial manteniéndose activos incluso durante buena parte de la guerra fría.⁴

² Un buen repaso sobre los prolegómenos y el desarrollo de esta corriente de pensamiento puede consultarse en SCHMIDT, *The Roots of “Lo Mexicano”*, y también en VAUGHAN y LEWIS, *The Eagle and the Virgin*.

³ La preocupación por “lo mexicano” interesó tanto a filósofos como a artistas, a humanistas y a científicos. Se ha reunido una amplísima bibliografía al respecto que puede consultarse en VELÁZQUEZ, *Facturas*, pp. 124-125 y en PÉREZ MONTFORT, *Avatares*, pp. 147-150.

⁴ El nacionalismo europeo, americano y asiático también ha dado lugar a una extensa bibliografía. Los textos de HOBBSAWM, *Nations and*

Durante estas tres décadas y en medio de un proceso de paulatina profesionalización del quehacer histórico, la historiografía –o lo que Edmundo O’Gorman también llamó “la historiología”– dio pasos en favor de la problematización de los fenómenos históricos tratando de dejar atrás, no siempre lográndolo, las definiciones de índole ejemplar y autoritario, que habían fomentado la relación entre el positivismo y el proyecto educativo nacional. Si bien parecía surgir una nueva forma de hacer historia, en la que la preocupación por la actualización de sus postulados filosóficos y su metodología cobraban una puntual importancia, también aparecía la insistencia en la particularidad de los aconteceres propiamente nacionales y de vez en cuando continentales. Los renovados “puntos de vista históricos” –como los describiría Wigberto Jiménez Moreno en un balance realizado en 1952–⁵ más que preocuparse por la imposición de valores universales estaban interesados en descubrir “la entraña del mexicano” y la particularidad de los fenómenos americanos.⁶ En este último rubro fueron capitales los trabajos de Silvio Zavala y Edmundo O’Gorman, quienes trascendieron la preocupación introspectiva mexi-

Nationalism since 1780, de ANDERSON, *Comunidades imaginadas*, y de GELLNER, *Nations and Nationalism*, han sido fundamentales en su caracterización y estudio.

⁵ JIMÉNEZ MORENO, “50 años de Historia”, pp. 449-455.

⁶ Jiménez Moreno se refiere sobre todo a los trabajos de Silvio Zavala, *Ensayos sobre la colonización española en América* y *La filosofía política de la conquista de América*, así como a los de Edmundo O’Gorman, *Fundamentos de la historia de América* y *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Publicados los textos de Zavala en 1944 y 1947, y los de O’Gorman en 1942 y 1947, respectivamente, ambos mostraban un claro interés continental a partir de fuentes tanto americanas como europeas.

canista para discutir ampliamente con colegas de diversas nacionalidades y corrientes el fenómeno estadounidense, combinando la historia con la filosofía de la historia.

Así, la búsqueda en torno de “lo mexicano” y sus connotaciones históricas ocuparon a buena cantidad de historiadores y científicos sociales, que dedicaron sus horas a un espacio y una temática que eventualmente demostrarían tener muchas más limitaciones que aperturas. Aun así, su producción resultó importante, sobre todo por la discusión que se suscitó desde la perspectiva histórica, y alrededor del contenido justificatorio que la propia historia nacional y nacionalista imprimió en otras disciplinas como la literatura, las artes plásticas, la politología, la economía y sobre todo la filosofía.⁷

En un ambiente en el que se valoró con dificultades la discusión pero que también la propició y estimuló, esa generación que vivió el tránsito de los años treinta a los cincuenta experimentó a su vez la consolidación de algunos de los ambientes académicos más fructíferos del quehacer historiográfico mexicano. Aquellos años significaron, sin duda, el despegue definitivo de la historiografía académica mexicana y su inserción en los medios internacionales, sobre todo en Estados Unidos, en América Latina y en menor medida en Europa.

⁷ El surgimiento de una corriente académica que se preocupó intensivamente por la “Filosofía de lo mexicano” es tal vez la mejor muestra del abuso y desgaste de esta vertiente de pensamiento. Véanse VILLEGAS, *La filosofía de lo mexicano*, y URANGA, “El pensamiento filosófico”, pp. 523-555.

II

El discurso nacionalista posrevolucionario de los años veinte y treinta intentó definir una y otra vez a México como un ente cultural único, relativamente al margen del resto de los procesos mundiales, gracias a sus rasgos y a su historia particular. Una conciencia puntual sobre las diferencias entre Estados Unidos y México, tanto en materia de intereses económicos, políticos y sociales, pero sobre todo culturales, insistía en afirmar la diferencia, valorando la propensión introspectiva y sobrevalorando la originalidad de sus procesos, logros y atribuciones. La tensión vivida entre los dos países, sobre todo a lo largo de los años veinte, creó una relación de atracción-rechazo que produjo gran interés en ciertos medios artísticos y académicos estadounidenses por México,⁸ pero también una enorme reacción contra los gobiernos posrevolucionarios y la sociedad mexicana por parte de ciertos sectores de ese país.⁹ En América Latina también se produjo una reacción semejante,¹⁰ aunque desde la perspectiva mexicana hubo más una identificación con el sur del continente mediante los lazos históricos coloniales e iberos, que con las notables diferencias producidas a lo largo del siglo XIX y principios del XX.

⁸ Son muchos los estudios que se han realizado sobre los vínculos entre artistas, escritores y estudiosos estadounidenses y el México posrevolucionario, desde el clásico de MAGDALENO, *Escritores extranjeros en la Revolución*, hasta los inevitables DELPAR, *The Enormous Vogue*, y BRITTON, *Revolution and Ideology*. Tal vez algunas de las contribuciones más recientes aparezcan en AZUELA y PALACIOS, *La mirada mirada*.

⁹ KNIGHT, *Nationalism, Xenophobia and Revolution*, y LOMNITZ, "What was", pp. 335-350.

¹⁰ YANKELEVICH, *La revolución mexicana*.

Afirmando su propia condición de nación independiente, en medio de las corrientes del mismo signo imperantes en el resto del mundo, la introspección nacionalista llegó a plantear propuestas que iban desde la afirmación a ultranza de lo propio –esto es: lo nacional era igual a lo revolucionario y por lo tanto lo único viable y auténtico en el México de entonces—¹¹ hasta el análisis de las formas del “ser” del mexicano a partir de modelos sociológicos o psicológicos aplicables a todo ser humano. El texto clásico en esta materia fue si duda *El perfil del hombre y la cultura en México* de Samuel Ramos, que se publicó en 1934. Si bien, como ya se ha insistido, la preocupación por definir lo mexicano tenía un largo antecedente, al decir de diversos autores¹² este texto sirvió como disparadero para tener la confianza de generar una visión original y propia que, además de preocuparse por el “ser” de “el mexicano”, estuviera a la altura de la discusión occidental en torno del “ethos” del hombre y su devenir histórico. El asunto de la “mexicanidad” se encontraba tan presente en los espacios intelectuales, artísticos y populares, que fue alrededor de los últimos años veinte y los primeros años treinta que se consolidó la mayoría de las imágenes estereotípicas nacionales, mismas que fueron explotadas tanto en los ámbitos académicos como en los incipientes medios de comunicación masiva. Así se afirmaron representaciones típicas como las del “indio”, “el charro” o “la china poblana”, se identificaron atuendos y características anímicas de estereotipos regionales como “la tehua-

¹¹ SHERIDAN, *México en 1932*, y DÍAZ ARCINIEGA, *Querrela por la cultura*, pp. 123-147.

¹² VILLEGAS, *La filosofía de lo mexicano*, p. 13; URANGA, “El pensamiento filosófico”, p. 551; ZEA, “La filosofía mexicana de José Gaos”, p. 19.

na” o “el huasteco”, lo mismo que se habló de los complejos de “inferioridad”, del “culto a la madre” o de “la convivencia cotidiana con la muerte” como rasgos capaces de identificar a los mexicanos. También por esas mismas fechas las exposiciones artesanales, la música popular, las fiestas campiranas y sobre todo el cine de corte costumbrista y folklórico, mostraban una serie de elementos que servirían para reconocer al mexicano por encima de cualquier otra referencia regionalista.¹³ Tanto la mirada desde adentro como la exterior contribuyeron a la construcción de estas representaciones y estereotipos que reprodujeron en numerosas ocasiones las mismas intenciones nacionalistas que colonialistas.¹⁴ Desde pintores nacionales como Diego Rivera y Adolfo Best Maugard hasta cineastas y fotógrafos internacionales como Sergei Eisenstein o Paul Strand, pasando por literatos como Martín Luis Guzmán, José Rubén Romero, Alfonso Reyes, D. H. Lawrence, Catherine Anne Porter o Egon Erwin Kisch tan sólo para mencionar algunos de muy diversos intereses y calidades, todos agregaron su granito de arena a aquella enorme duna que sería la representación de “lo mexicano”.¹⁵ No se trataba sólo de definir lo propio, sino también de mostrarlo hacia adentro y, desde luego, hacia fuera. No hay que olvidar que muchos de estos autores y artistas también tuvieron como meta la

¹³ PÉREZ MONTFORT, *Estampas*, pp. 113-138 y UGALDE, “Las exposiciones de arte”, pp. 267-298.

¹⁴ La representación, vista en un contexto amplio, apela por lo general a miradas múltiples entre las cuales se incluyen perspectivas imperiales, transnacionales, o colonialistas. Tal como lo ha podido demostrar con certeza SAID, “Secular Interpretation”, p. 34.

¹⁵ VAUGHN y LEWIS, *The Eagle and the Virgin*, pp. 1-22.

“traducción” de ciertos valores culturales mexicanos, tanto académicos como populares, para el consumo y disfrute de públicos no mexicanos.

Quizá el momento culminante de este proceso de representación y reconocimiento se logró con la amplia difusión, tanto nacional como internacional, del conjunto de ensayos de Octavio Paz *El laberinto de la soledad* y que resultó imprescindible a la hora de hacer referencia a México y lo mexicano, en corrillos literarios así como en escenarios historiográficos y filosóficos a partir de su publicación en 1950.¹⁶ Este texto, escrito sobre todo desde afuera, es decir, mientras el autor trabajaba en la diplomacia mexicana en Estados Unidos y en Francia tratando de explicarse las especificidades de los mexicanos y diversos aspectos de su cultura, no sólo se convirtió muy rápido en libro de amplio consumo interno, sino que fue referencia obligada para el conocimiento de México en muchos ambientes estadounidenses, europeos y latinoamericanos.

Aun cuando el fenómeno introspectivo podría remontarse hasta los orígenes del México independiente, en materia historiográfica la preocupación por “lo mexicano” tuvo uno de sus momentos cumbres también durante esta época. Parecía necesario identificar la mexicanidad en cada uno de los procesos que ocupaban las horas de los historiadores, y éstos desde su presente pretendían identificar la especificidad de esos mismos fenómenos históricos como propiamente mexicanos. El filósofo Emilio Uranga presentó aquella circunstancia con agudeza en el siguiente párrafo escrito en 1952:

¹⁶ FELL, “Vuelta a *El laberinto de la soledad*”, pp. 7-16.

Se piensa en general que la noción actual de un fenómeno histórico como “lo mexicano” es producto de una serie de determinaciones que tiene su razón en el pasado. Lo mexicano sería el producto formado por la historia traducido a conceptos con método fotográfico, por obra del historiador actual. En verdad las cosas van más frecuentemente en dirección inversa. La idea actual no viene de la de otros siglos, sino que al revés, lleva a éstos su influjo. Lo que distingue a la idea histórica del hecho natural es precisamente este peculiar *retroefecto*; una investigación contemporánea es a la vez una reforma del pasado.¹⁷

Así, si se revisan con cierto detenimiento los trabajos historiográficos de aquellos años poco a poco va apareciendo con mayor claridad esa necesidad de “reformular el pasado”, con el afán de darle un sentido un tanto menos pragmático, es decir, con un afán menor de “forjar patria” y una tendencia mayor a favor de darle cierto contenido filosófico, sin abandonar del todo la preocupación del ser mexicano.

Considerando como un hecho su inserción en la reestructuración de los valores y poderes internacionales planteados a lo largo de la segunda guerra mundial y algún tiempo poco después, la tarea historiográfica mexicana se permitió, en forma y fondo, al tiempo de su insistente búsqueda de especificidad, una transición hacia una reformulación de objetivos. En términos o’gormanianos, la preocupación filosófica detrás del quehacer histórico intentó “darle sentido” a la historia del país en función de la búsqueda de su cualidad “mexicana”, dejando atrás su utilización meramente política para arribar a su propia “originalidad”. Se

¹⁷ URANGA, “Optimismo y pesimismo”, p. 400. Véase también SANTOS RUIZ, “Los hijos de los dioses”.

estaba recorriendo un camino que poco a poco abandonaba el compromiso social y el pragmatismo posrevolucionario para entrar en las reflexiones de índole cosmopolita, sin abandonar del todo las preocupaciones localistas.

Por ejemplo, con su *Historia económica y social de México*, publicada en 1938, Luis Chávez Orozco cerraba un ciclo importante en su producción historiográfica dedicada a una variedad de temas que iban desde el análisis de la cultura maya hasta los primeros pasos industriales del México decimonónico. Su concepción de la historia estaba muy ligada a su actividad como pedagogo. La función de la enseñanza de la historia para Chávez Orozco estaba claramente relacionada con la afirmación de la verdad y el patriotismo, y por lo tanto contaba con una connotación ética no muy lejana a las versiones clásicas de lo que parecía tener el consenso de una “historia oficial”. Según Chávez Orozco la historia debía:

Hacer inteligible al interesado el medio social en que vive, es decir, mostrarle la sociedad mexicana tal cual es y como ha sido [...]. Mostrarle la verdad histórica en su mayor pureza, y ejercitarlo en el descubrimiento y apreciación de esa verdad [...] ampliar su visión espiritual despertándole ideas y sentimientos de amor y sacrificio por su patria.¹⁸

Lejos estaba Chávez Orozco de aceptar las verdades históricas múltiples y más aún de la historia como ejercicio filosófico y analítico de una realidad cambiante. Su interés en los temas económicos lo acercaban más a las explicaciones prag-

¹⁸ CHÁVEZ OROZCO, *Historia de México*, p. 11.

máticas que a las interpretaciones y la especulación. Sus aportaciones fueron sin duda de gran solidez y acuciosidad tal como lo prueba la colección de *Documentos para la historia económica de México*, publicada entre 1933 y 1936 por la Secretaría de Economía Nacional. Y para nada parecía acercarse a las incertidumbres y las múltiples derivaciones del estar siendo un ortegaygassetiano que promovía el historicismo.

Ligados a una escuela historiográfica de inspiración marxista, Luis Chávez Orozco, así como un temprano pero muy maduro José C. Valadés, veían en su quehacer histórico la necesidad no sólo de un rigor particular en la revisión profunda de sus fuentes primarias, sino también un compromiso que guardaba estrecha relación entre la crítica y el patriotismo. Tanto Chávez Orozco como Valadés se situaban en una corriente que se justificaba en y venía directamente de la revolución mexicana, y por lo tanto veían su labor histórica como una reivindicación de la verdad y la independencia. Ambos afirmaban el compromiso con su propio tiempo y con ese ente un tanto indefinido que aparecía bajo el rubro de “pueblo mexicano”, identificándose con las masas campesinas y obreras rechazando a las élites aristocráticas o a “las clases medias reaccionarias”.

Si bien la búsqueda de una especificidad “mexicana” no fue tanto la pasión de Chávez Orozco, quien de alguna forma se vinculaba más con ciertas versiones “oficiales” de la historia del momento, en José C. Valadés la intención mexicanista pretendía una clara separación de la historia oficial, que desde su visión estaba más ligada a una noción porfiriana y acartonada del discurso histórico. Su vocación por “lo mexicano” apareció, por ejemplo, en sus tres tomos de *El Porfirismo* publicados entre 1941 y 1948, gestados desde

los primeros meses de 1938. En la introducción al segundo tomo, Valadés decía:

La historia no es la ciencia llamada a extirpar épocas o individuos, esa tarea pertenece en todo caso a la política. Mi propósito, guiado siempre por mi amor a México y las libertades y sin que ello me origine conflicto interno alguno; mi propósito, repito, es ir al alcance de todas las huellas, bien superficiales, o bien profundas, de lo mexicano; porque, ¿de qué otro modo si no es trasponiendo los prejuicios, los emblecos y las cominerías, puede encontrarse la raíz de nuestros males y la sombra de nuestros bienes? [...] A una historia oficial, que desecha lo que estima conveniente a fin de consolidar la autoridad política de partido, se sucede la que persigue infatigablemente todos los signos de la naturaleza nacional.¹⁹

Valadés proponía una historia confeccionada con mayor rigor y se mostraba a favor de la que él mismo llamó de carácter “a-oficial”, pero que claramente estaba fincada en la reivindicación de valores nacionales.

Sin embargo, el deslinde entre el ámbito oficial y el académico no parecía tan fácil ni tan contundente. Si bien existía una clara diferenciación entre las visiones históricas hipercríticas, como la *Breve historia de México* de José Vasconcelos publicada en 1937 y la de los manuales titulados indefectiblemente *Historia de México* de José Bravo Ugarte de principios de los años cuarenta, la historiografía de índole académico apenas se enfilaba en dirección contraria a las versiones ejemplares y un tanto acartonadas de la historia oficial. La historia y su expresión escrita todavía

¹⁹ VALADÉS, *El Porfirismo*, pp. xxiv-xxv.

contaban con una fuerte carga moral, capaz de dar lecciones de patriotismo y lealtad a los principios éticos occidentales. Prueba de ello son los mismos textos de Vasconcelos y Bravo Ugarte, que no parecen perder ocasión para apelar a la ética y a la explicación ejemplar de tal o cual acontecimiento histórico o personaje, muy a contramano de los que reivindicaba la propia historia hecha para justificar al Estado posrevolucionario.

Aun cuando un pequeño cenáculo de historiadores se mantenía relativamente independiente, el quehacer historiográfico, a mediados de los años treinta, se encontraba bastante ligado a instituciones oficiales como la Secretaría de Economía o la Secretaría de Relaciones Exteriores, y desde luego la Secretaría de Educación Pública y, dentro de ella, el recién formado Instituto Nacional de Antropología e Historia. Desde esas instituciones figuras como Luis Castillo Ledón, Alfonso Caso, José de Jesús Núñez y Domínguez, Wigberto Jiménez Moreno, Luis Chávez Orozco, tan sólo para mencionar a cinco, hacían sus enunciados historiográficos de filiación y justificación estatal, oponiendo algunas veces sus posiciones a historiadores de corte conservador como Alfonso Junco, los ya mencionados José Bravo Ugarte y José Vasconcelos y el muy respetado Luis González Obregón, quien un año antes de su muerte en 1938 había publicado sus sugerentes *Ensayos históricos y biográficos*. Estos ensayos, por cierto, remitían a un estilo decimonónico que no era tan ajeno al medio académico de los años treinta.

Pero justo es reconocer que estos historiadores del ala conservadora como Alfonso Junco y González Obregón tenían otra clase de público. Su filiación católica no parecía alejarlos de los vientos nacionalistas de la época,

aunque desde luego su óptica se mantenía bastante crítica frente al tono oficialista. Su independencia les ganaba muchos adeptos –tanto en el medio académico como fuera de él–, sobre todo porque sus estudios históricos los llevaban a esgrimir argumentos como el siguiente que, desde una plataforma intelectual distinta, coincidía con cierta moda intelectual de la que no estaba exenta la misma oficialidad.

Nuestra salvación –decía Junco proyectándose hacia el futuro– estaría en la paz constructiva; en la concordia regeneradora y magnánima: en la afirmación de nuestra auténtica fisonomía religiosa y social; en el progreso dentro de la justicia y la libertad para todos; en la defensa inteligente, multiforme, irrevocable de nuestra autonomía económica; en una política honrada y sagaz que tonificara en los mejicanos el sentido de patria.²⁰

Pero justo es decir que pensadores como el propio Junco, Jesús Guisa y Azevedo o el mismo Vasconcelos de los años treinta, serían dejados de lado, tanto por la academia como por los medios oficiales, por su clara filiación conservadora, católica y hasta profascista. De cualquier manera ellos también se dejarían llevar por los vientos nacionalistas vinculados a su vez con el franquismo en España y el catolicismo centroeuropeo.²¹ Sin embargo, no dejaron de tener importancia y, sin duda, satisficieron parte de la demanda de una visión crítica que todavía parece estar en deuda con el conservadurismo mexicano contemporáneo.

En el medio universitario también retumbaron los ecos de la discusión entre oficialismo y conservadurismo. Sus

²⁰ JUNCO, *Lumbre de Méjico*, p. 27.

²¹ LOUVOIS, “Los intelectuales”, pp. 178-185.

aulas todavía contaban con varios figurones afectados por cierto discurso estatal de reminiscencias porfirianas, tales como Jesús Galindo y Villa, Agustín Aragón y el mismo Antonio Caso de cuyas polémicas protagonizadas en los años veinte todavía existían recuerdos frescos.²² Y entre universitarios también se contaba con maestros que, aun con algunas críticas al discurso oficial, mantuvieron un tono inmerso en las reivindicaciones nacionalistas. Algunos lo hacían desde posiciones que recordaban el positivismo porfiriano y otros inspirados en un materialismo histórico precedente cuyo estilo inconfundible hacía pensar en las obras de Rafael Ramos Pedrueza, con su febril exaltación de los héroes y el señalamiento maniqueo de traidores a su patria por medio de una esquemática interpretación de la historia nacional a partir de la lucha de clases.²³

Quizá uno de los maestros-historiadores más reconocidos de aquellos últimos años treinta y principios de los cuarenta fue Alfonso Teja Zabre. Como muchos de sus colegas historiadores contemporáneos Teja Zabre venía de la carrera de derecho y compartía sus amores por la historia con algunas inclinaciones literarias y poéticas, además de su afición particular por el materialismo histórico. En su *Guía de la historia de México* aparecida en 1944, pedía que se tratara a la historia con menos pasiones, pero no dejaba de alabar el carácter ejemplar, según él, necesario en el discurso histórico. Cerraba su guía con la siguiente reflexión, que bien se identificaba con el afán imperante de distensión que inundaba al México de la unidad nacional avilacamachista:

²² ORTEGA Y MEDINA, *Polémicas y ensayos*, pp. 371-423.

²³ RAMOS PEDRUEZA, *La lucha de clases*.

[...] Los monumentos que sirven para honrar a nuestros caudillos, los símbolos de la integridad nacional, de los anhelos de libertad, de igualdad democrática, podrán continuar erguidos en sus pedestales, porque el pueblo los custodia; pero si además se logra sin mengua de la crítica sana, que en las luchas partidaristas no se profane la historia como instrumentos de mala ley; si la misma pugna política y social se reduce para abrir un ancho campo de tregua en favor de altos intereses comunes patrióticos y humanos, se trazará un camino hacia la cumbre de serenidad.²⁴

Después de la tensión social que se había vivido durante los últimos años del sexenio del general Cárdenas y que claramente se reflejó en el apasionamiento y la defensa de posiciones en las cuales la historia no tardaba en hacerse relucir, Teja Zabre apelaba a la medida propuesta por las posiciones mediadoras e integracionistas. Su idea de la historia reciente de México también se amalgamó con la búsqueda de “lo mexicano” reivindicando ciertos valores culturales ligados a expresiones de índole cultural y popular, que recordaban sus compromisos con el materialismo. Hacia 1952, en un ensayo titulado “Imágenes de México” publicado en uno de los primeros números de la revista *Historia Mexicana*, de El Colegio de México, Teja Zabre repetía lo que un par de lustros antes habían dicho los apologistas de “lo mexicano”. Decía: “La personalidad esencial de México tiene su manifestación más notoria en el matiz que la influencia vernácula imprime a las obras de arte” y tomando como referencia las obras de Diego Rivera y Ramón López Velarde discutía la tensión existente entre lo concreto y lo espiritual confrontando las

²⁴ TEJA ZABRE, *Guía*, p. 77.

dos versiones opuestas de la historia mexicana: la indigenista y la hispanista o criollista. La fusión de ambas era la propuesta de trabajo historiográfico que él les hacía a las nuevas generaciones de historiadores. Comentaba que:

[...] de su difusión y conocimiento puede resultar una visión más generosa y humana de nuestra realidad nacional y nuevas orientaciones para plantear y resolver los problemas vitales de nuestra vida política, económica y social; la comprensión y la integración de la verdadera cultura mexicana.²⁵

La proposición integradora de Teja Zabre se insertaba claramente en la dimensión “mexicanista” como resultado de una serie de factores que apelaban al supuesto apaciguamiento de las pasiones nacionalistas. No hay que olvidar que uno de los vórtices climáticos del nacionalismo se había alcanzado en la década de los años treinta con las políticas agraristas, las expropiaciones y el espíritu propagandístico del cardenismo. Para colmo el arribo masivo de refugiados de la Guerra Civil española, a finales de aquella década, mantuvo a flor de piel cierta sensiblería que confrontaba cotidianamente a los “gachupines” con los “indios mexicanos”, a los hispanófilos con los hispanófobos, que no dejaron de apelar a sus propias versiones históricas nacionalistas y patrioteras.²⁶

Sin embargo, aquellos arrebatos no acababan de serenarse cuando a fines de la siguiente década, en 1949, otro asunto relacionado con las representaciones y su vínculo con la

²⁵ TEJA ZABRE, “Imágenes de México”.

²⁶ PÉREZ MONTFORT, *Hispanismo y falange*, y SÁNCHEZ ANDRÉS, PÉREZ VEJO y LANDAVAZO (coords.), *Imágenes e imaginarios*.

historia agitó el ambiente cultural del país. El hallazgo de los “huesos de Cuauhtémoc” en Ixcateopan, Guerrero, causó revuelo y avivó la polémica entre la academia y el interés político. Dicho acontecimiento tuvo como protagonista a la arqueóloga Eulalia Guzmán cuya clara raigambre nacionalista podía entrecruzar en su discurso rayano entre lo pedagógico, lo indigenista y lo propagandístico. Algo parecido había sucedido, aunque con mayor discreción, en 1946 cuando los “huesos de Cortés” fueron descubiertos en el Hospital de Jesús. Tan sólo con estos ejemplos quedaba claro que las vertientes nacionalistas seguían alimentando la confrontación en materia histórica “mexicanista” y a decir verdad la academia no parecía estar tan separada de las disputas callejeras. Prueba de ello es la participación de celebridades académicas tanto en un asunto como en el otro.²⁷

Por fortuna, durante la década de los años cuarenta el afán polémico también desembocó en cierta abundancia reflexiva en torno de la historia nacional e internacional gracias a tres factores que ya se han convertido en referencias obligadas a la hora de los recuentos historiográficos de aquella época: 1) la influencia de los trasterrados españoles que se incorporaron a las tareas intelectuales del país, sobre todo en la Universidad Nacional y en El Colegio de México, enriqueciendo enormemente el ambiente académico; 2) la emergencia de la especialización y con ella la ampliación de las discusiones, los recursos teóricos y el trabajo documental; y 3) el establecimiento de los vínculos entre histo-

²⁷ Para un examen puntual del asunto “Ixcateopan”, véase *Los hallazgos de Ichacateopan*; para el asunto “Cortés”, véase MARTÍNEZ, *Hernán Cortés*, p. 788.

riadores mexicanos y extranjeros mediante publicaciones, congresos e intercambios académicos.²⁸

Sin pretender repasar de manera puntual cada uno de los factores mencionados valdría la pena, por lo menos, destacar algunos aspectos que contribuyeron al enriquecimiento de la reflexión y las actividades historiográficas mexicanas.

IV

La presencia en México y la influencia de figuras como Rafael Altamira y Crevea, Wenceslao Roces, José Gaos, Ramón Iglesia, José Miranda, Eugenio Ímaz, José Moreno Villa, José Medina Echevarría y tantos otros, permitió una especie de “universalización” de las temáticas históricas, filosóficas y sociales, sin dejar del todo de lado la preocupación por la especificidad mexicana. La interiorización que cada uno de los trasterrados hizo de su experiencia en México tuvo repercusiones importantes en su cátedra y en su labor académica. Ver lo que sucedía en este país con ojos “de afuera” y desde luego aplicando su propio bagaje cultural, enriqueció, sin duda, la reflexión alrededor de la originalidad mexicana, que a la larga resultó ser una especificidad muy semejante a la de los trasterrados mismos, como años después algunos lo reconocieron. Percibiéndose en el espejo de sus alumnos mexicanos, Gaos mismo escribió:

[...] en vista de lo que los mexicanos vienen exponiendo acerca de sí mismos encuentro que su explicación al cultivo e inves-

²⁸ MATUTE, *La teoría de la historia*, pp. 25-28, y GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, *Panorama*, pp. 16-19.

tigación de lo mexicano pudiera deberse también a una experiencia de migración. Lo que vienen exponiendo de sí mismos ¿no es un tanto la visión de unos emigrados *de* sí mismos *en* sí mismos para encontrar a sí mismos otros que aquellos que sienten el afán de ser?²⁹

No en vano uno de los alumnos más destacados de Gaos, Leopoldo Zea, publicaría en 1943 una tesis que buscó identificar la connotación específicamente mexicana del positivismo.³⁰ En su tesis Zea logró dar con la significación particular que en México tuvo una doctrina universal y cómo ésta sirvió para incorporar a “los mexicanos” al devenir de la humanidad. Su texto, sin embargo, no sólo dio fe de los logros de dicha corriente de pensamiento, sino también de sus fracasos y por lo tanto de la necesidad de contar con “la realidad nuestra” a la hora de aplicar los principios filosóficos universales. Al poco tiempo el mismo Zea dirigiría la colección “México y lo mexicano” para la casa editorial Porrúa y Obregón, con el afán de seguir explorando la originalidad de la cultura propia. Entre 1945 y 1953, Zea también capitaneó al grupo Hiperión cuyos integrantes “tomaron en serio la tarea de hacer filosofía desde la propia casa”. Luis Villoro, Jorge Portilla, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez MacGregor, entre otros, formarían parte de ese grupo que trabajó tan arduamente el tema de “lo mexicano” y que, según Emilio Uranga, “terminó agotándolo sobre la base de vivirlo tan espasmódicamente”. En su opinión

²⁹ ZEA, “La filosofía mexicana de José Gaos”, p. 21.

³⁰ ZEA, *El positivismo en México*.

[...] difícilmente podría citarse en la historia de la cultura mexicana de este siglo un grupo como el Hiperión, tan brillante, tan inquieto, tan profundo en sus intenciones pero a la vez, y como maldición, tan disperso, tan desunido, tan incapaz de recoger en un haz robusto la multiplicidad de sus tendencias y el talento de sus integrantes.³¹

El quehacer político-académico más que ayudar a reunir los trabajos de este grupo pareció ante todo desarticularlos y finalmente desgastarlos. El análisis filosófico sobre “lo mexicano” produjo así cientos de reflexiones que terminarían en una vuelta hacia lo individual y así “aportar a la experiencia humana” en general, tal como lo hacían y lo siguen haciendo la mayoría de las disciplinas filosóficas.³²

Edmundo O’Gorman, quien asimismo fue alumno de Gaos, con una trayectoria previa bastante destacada tanto en materia historiográfica como filosófica, también orientó sus pesquisas hacia la “toma de conciencia de la América hispana y a su lugar en la historia universal”³³ y publicó en 1951 una obra capital de la historiografía en lengua castellana: *La idea del descubrimiento de América; historia de esa interpretación y crítica a sus fundamentos*.³⁴

O’Gorman fue sin duda una de las figuras más importantes en el tránsito vivido por la historiografía mexicana de los años cuarenta. Promotor de un encuentro polémico “Sobre el problema de la verdad histórica”, en 1945 O’Gorman convocó no sólo a su colega Silvio Zavala, con

³¹ URANGA, “El pensamiento filosófico”, p. 553.

³² VILLEGAS, *La filosofía de lo mexicano*, pp. 9-10.

³³ ZEA, “La filosofía mexicana de José Gaos”, p. 21.

³⁴ O’Gorman terminó su libro en 1949, pero se publicó hasta 1951.

quien ya había iniciado sus discusiones, sino a una pléyade de historiadores del momento a debatir sobre diversos aspectos metodológicos y de fondo sobre su propio quehacer. El debate surgido en aquel momento pareció ser un balde de agua fría para la autocomplacencia posrevolucionaria. Alfonso Caso, Jorge Ignacio Rubio Mañé, Rafael Altamira, Ramón Iglesia, Francisco Barnés, Paul Kirchhoff, Isso Brante Schweide, Justino Fernández, Arturo Arnáiz y Freg y muchos otros historiadores y estudiantes estuvieron presentes en aquel encuentro de generaciones y corrientes historiográficas del momento. Múltiples aproximaciones e interpretaciones que convergían en el conocimiento histórico provenientes de diversas partes del mundo se encontraron en aquellos debates. Parecía que por primera vez en aquel México que iniciaba su despegue desarrollista se convocaba a un encuentro con claras referencias a corrientes de pensamiento internacionales. Sus logros quedaron en los anales historiográficos mexicanos como un verdadero partaguas en materia de discusión sobre el sentido y la práctica de los historiadores de aquel momento.³⁵

Sin embargo, aun cuando aquel debate tuvo enorme relevancia por sus renovados planteamientos a favor de una historiografía más interpretativa que enunciativa, poco impactó en lo inmediato en la preocupación general sobre “lo mexicano”. Los frutos se recogerían más tarde y de manera un tanto indirecta, ya que poco a poco la especificidad de “lo mexicano” empezó a abandonar sus estrechas referencias históricas locales, ciñéndose cada vez más al ámbito literario, ensayístico y filosófico. Aun así los defensores de

³⁵ MATUTE, *La teoría de la historia*, p. 18.

las propuestas “mexicanistas” poco a poco empezaron a reivindicar una mayor “universalidad” en sus aproximaciones a la realidad nacional. Los grandes figurones de la vida intelectual mexicana continuaban recibiendo reconocimientos estatales con múltiples tonos oficialistas y complacientes, pero al mismo tiempo se enriquecía el ambiente académico en materia de humanidades proyectándose y vinculándose con redes de mayor peso internacional.

Jorge Alberto Manrique, estudiante de aquellos años en la preparatoria de San Ildefonso, contaba que sus maestros de entonces, Juan Ortega y Medina, Salvador Azuela, Arturo Arnáiz y Freg, incitaban a los alumnos a ir al Colegio Nacional –recién abierto en 1943– para oír a José Vasconcelos, a Alfonso Reyes, a Alfonso Caso, a Manuel Toussaint y a Diego Rivera.

Alguien nos dijo –cuenta Manrique–, no sé si con conocimiento de causa, que el hecho de ser estudiantes preparatorianos nos daba derecho a asistir a la Facultad de Filosofía y Letras, que entonces estaba en San Cosme, en la Casa de los Mascarones, a no más de 15 minutos en tranvía. Si no era cierto, la verdad es que nunca nos corrió nadie. A quienes no oíamos ni en la preparatoria ni en el Colegio Nacional los pudimos seguir en Mascarones, como Justino Fernández y desde luego a los filósofos Samuel Ramos, Nicol, Gaos, ¡qué apertura hacia la historia!³⁶

Otro espacio académico que se abría como hijo legítimo de la década de los cuarenta fue El Colegio de México.

³⁶ FLORESCANO y PÉREZ MONTFORT (comps.), *Historiadores de México*, p. 428.

Su Centro de Estudios Históricos, fundado por Silvio Zavala, se convirtió muy pronto en el centro de especialización histórica por excelencia. Ponderando principalmente la investigación documental,³⁷ no tardó en reunir en torno suyo a algunos de los historiadores, tanto mexicanos como trasterados, más importantes del momento. Sin pretender repetir lo que ya han historiado de manera puntual Clara E. Lida y José Antonio Matesanz,³⁸ valdría la pena recoger el testimonio de aquellos años del también entonces estudiante Luis González y González, para atestiguar el cierre del círculo académico en pos de una visión histórica mucho menos ideológica y más “científica”:

La construcción de una imagen seria y firme de la historia de Hispanoamérica constituía el máximo propósito del plan Zavala. Los principios teóricos en los cursos del jefe, Iglesia y Gaos y la investigación ratonera en los archivos debían desembocar en el comercio con otros historiadores y científicos sociales a fuerza de asistir a congresos y mesas redondas, de oír y dar

³⁷ A manera de ejemplo vale la pena reproducir un comentario de José Fuentes Mares al libro de Daniel Cosío Villegas *Porfirio Díaz en la revolución de la Noria*, recién publicado en 1953. Si bien el comentario y el libro se publicaron tiempo después de fundarse El Colegio de México, lo dicho por Fuentes Mares sirve para identificar el estilo de investigación que imperaba en aquella institución. El comentario apareció en el número 12 de la revista *Historia Mexicana* y decía: “Sólo a últimas fechas ha nacido en México, bajo los más halagüenos auspicios la investigación histórica con pretensiones de objetividad [...] [en] el ánimo de que sólo la Historia hable a través de sus hechos [...]. No conozco ningún libro de historia de México que maneje la cuantía documental de que hace gala en éste, Cosío Villegas, logrando en este sentido una obra magistral [...]”; FUENTES MARES, “Comentarios”.

³⁸ LIDA y MATESANZ, *El Colegio de México*.

conferencias, de convertirse en profesor y, sobre todo, de hacer artículos monográficos para las revistas especializadas y monografías para la gente del gremio [...]. El Centro de Estudios Históricos nos enseñó a descubrir y cultivar perlas, ensartarlas en un hilo, expedirlas a los concededores, cuidándonos de que no fueran a dar al comedero común. Se nos entrenó para el intercambio de productos dentro de la élite del saber o para esparcirlos entre estudiantes de fuste.³⁹

De esta manera, la academia o las academias parecían querer librarse de la necesidad de discutir con un prójimo demasiado ideologizado, buscando ante todo independencia de la que ya se identificaba claramente como “la historia oficial”. Esta última sería endosada a los panegiristas del gobierno de la Revolución institucionalizada, a la Escuela Normal Superior y más aún a la prensa periódica, en la cual sobresalían los tratamientos solemnes y superficiales, muy lejos de los intentos por tratar temas históricos a profundidad.⁴⁰ Aun así hubo excepciones importantes de normalistas con un trabajo serio y acucioso o de historiadores de rigor ligados al quehacer periodístico. Entre los primeros habría que destacar el trabajo de Jesús Sotelo Inclán con su clásico *Raíz y razón de Zapata*, publicado en 1943, y entre los segundos a José de Jesús Núñez y Domínguez que dirigió la *Revista de Revistas* durante veinte años y que publicó algunas piezas historiográficas célebres como *Al margen*

³⁹ FLORESCANO y PÉREZ MONTFORT (comps.), *Historiadores de México*, p. 366.

⁴⁰ En algunos trabajos previos he intentado repasar esta tendencia historiográfica –la oficial– en manos de literatos, periodistas y folkloristas; véase PÉREZ MONTFORT, “Historia, literatura y folklore 1920 y 1940” y “Algunas versiones populares de la historia oficial”.

de la historia. Migajas del banquete de Clío, en épocas tan tempranas como 1934. Ambos trabajos mostraban que en aquellos espacios en donde sobre todo se cultivó la llamada “historia oficial” también hubo quienes se preocuparon por el rigor y la calidad.

Pero volviendo al ámbito académico hay que señalar que el centro de atención de los estudios históricos siguió siendo principalmente México y cuando mucho sus vínculos con el coloso del Norte o el universo latinoamericano. Daniel Cosío Villegas, todavía en 1962, justificaba tal especialización así:

[...] es ésta nuestra historia y mientras no es fácil esperar que los mexicanos y, en general, los latinoamericanos, podamos hacer las mayores contribuciones originales, no digamos ya a la historia Oriental, pero ni siquiera a la Occidental, estamos obligados, en cambio a hacerlas en nuestra propia historia.⁴¹

El argumento era contundente: los archivos y las bibliotecas mexicanas y latinoamericanas ofrecían un vastísimo campo de investigación relativamente inexplorado. Como países sin mayores capitales para viajes e investigaciones académicas en el extranjero, había que aprovechar no sólo los materiales existentes en territorios locales sino también a aquellos especialistas que venían de otras partes para establecer intercambios fructíferos. Algunos investigadores como Silvio Zavala y el mismo Daniel Cosío Villegas contaban con contactos internacionales importantes, lo que sin duda redundó en beneficio de la academia mexicana y de sus

⁴¹ LIDA y MATE SANZ, *El Colegio de México*, p. 114.

propios centros de trabajo. La Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México y el Instituto Nacional de Antropología e Historia se convirtieron así en los principales receptores de los intercambios con otros países y sus representantes académicos relacionados con la historia.⁴²

Un personaje paradigmático en ese sentido fue, sin duda, François Chevalier, quien llegó a México por primera vez en 1946. Alumno de Marc Bloch y Paul Rivet, fue nombrado director del Instituto Francés para América Latina (IFAL) con sede en la ciudad de México en 1949. Chevalier promovió, en colaboración con algunos colegas mexicanos entre los que destaca Silvio Zavala, una serie de mesas redondas sobre historia mexicana que dejaron honda huella en la historia de este país. Lo mismo invitaban a figurones y actores de la Revolución o la posrevolución como Antonio Díaz Soto y Gama o Jesús Silva Herzog, para hablar de sus temas de interés, que presentaban a Fernand Braudel o a Woodrow Borah con sus últimas ediciones.⁴³

Aun con estos momentos estelares el contacto internacional seguía siendo bastante limitado. La situación europea se recomponía en medio de una gran actividad intelectual y sus relaciones con el mundo académico latinoamericano no fueron del todo prioritarias. Más bien fueron las relaciones mexicanas con centros académicos estadounidenses las que adquirieron mayor importancia. Financiamientos de las fundaciones Rockefeller y Guggenheim fluyeron lentamente hacia El Colegio de México y la UNAM, lo que permi-

⁴² PALACIOS, "Relaciones académicas", pp. 205-214.

⁴³ FLORESCANO y PÉREZ MONTFORT (comps.), *Historiadores de México*, p. 344.

tió llevar a cabo trabajos colectivos, otorgar becas, comprar libros, hacer viajes y apoyar los sueldos.⁴⁴

Pero independientemente de los recursos financieros, los recursos humanos del vecino del norte fueron los que mayormente se dejaron sentir en el quehacer histórico académico nacional. Por ejemplo, en el índice del segundo volumen de la revista *Historia Mexicana*, correspondiente al periodo que va de julio de 1952 a junio de 1953, de los 43 autores enlistados, entre reseñas y artículos, 7 eran estadounidenses. Mientras tanto, en el índice del primero, que iba de julio de 1951 a junio de 1952, de los 42 nombres en la lista sólo 2 eran extranjeros: uno correspondía a un estadounidense y otro por cierto a un francés, François Chevalier. Los temas explorados en estos artículos eran en su totalidad, como el mismo nombre de la revista lo indica, de historia mexicana.

Pero en la medida en que aumentaban los vínculos académicos entre México y los centros estadounidenses y europeos, podría pensarse que paulatinamente se disolvería la preocupación “mexicanista” del momento. Sin embargo, al inicio de los años cincuenta, dicha preocupación se resistía a dejar los corrillos académicos y las discusiones estudiantiles. Según Josefina Zoraida Vázquez, testigo presencial de aquel momento, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM,

[...] la carrera de historia estaba dividida en la rama de historia universal y la de historia de México; yo me decidí por la primera, harta de los excesos indigenistas-hispanistas [...]. La Facul-

⁴⁴ LIDA y MATESANZ, *El Colegio de México*, pp. 65-75, y PALACIOS, “Relaciones académicas”, pp. 205-214.

tad contaba entonces con un gran grupo de intelectuales distinguidos y un alumnado inquieto, con su tinte de esnobismo. En el ambiente de la Facultad vibraban por aquellos tiempos las inquietudes de “México y lo mexicano”, y en los pasillos y en el café se discutían los ensayos que se iban publicando. Se discutía también el libro de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*; el de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*; *Los fundamentos de la historia de América* de O’Gorman, y creo que *América en la historia* de Leopoldo Zea.⁴⁵

Y en efecto, el asunto de “lo mexicano” no parecía abandonarse; más bien continuó presente en el ámbito del ensayo literario y filosófico libre, sin amarres históricos fijos. No tardaría en encontrar su próximo anclaje en los ensayos de Alfonso Reyes, *Con la X en la frente*; de Jorge Carrión, *Mito y magia del mexicano*; de Leopoldo Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano*, y finalmente *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. El tema se fue agotando cada vez más aunque su presencia en la historiografía siguiera vivo hasta mucho tiempo después.

La historia y la historiografía habían demostrado, hasta ese momento, que no eran un instrumento exclusivo ni el único adecuado para la explicación y, mucho menos, para la solución de un problema tan grande como la identidad y sus múltiples recovecos en un país como México. “Lo mexicano” no se podía explicar sólo por medio de la historia, y menos aún mediante la situación en la que se encontraba dicho quehacer en aquel final de la década de los cuarenta. Para atenderlo era necesario apelar a otras disciplinas y mirar no

⁴⁵ FLORESCANO y PÉREZ MONTFORT (comps.) *Historiadores de México*, p. 398.

sólo hacia atrás. Era imprescindible el diálogo entre colegas de otras nacionalidades, así como entre especialistas de otras asignaturas sociales. No tardaron en entrar al quite la antropología, la sociología y hasta la economía; y el rejuego se empezó a intensificar sobre todo con los vecinos del norte, a los cuales, a partir de la segunda guerra mundial y del periodo de la posguerra, México, y a América Latina en general, parecieron importarles de manera puntual y sistemática.

En materia antropológica el intercambio entre figuras como Manuel Gamio, Daniel F. Rubín de la Borbolla, Robert Redfield y Ralph L. Beals, tan sólo para mencionar a dos mexicanos y a dos estadounidenses, mostraría que el diálogo entre pares internacionales bien podía producir resultados confiables y de mutua reflexión. Los intereses de estos científicos humanistas coincidían en la búsqueda de aquellos elementos que caracterizaban a las dinámicas antropológicas mexicanas. Los estadounidenses no sólo convirtieron a México en su tema principal de investigación, sino que hicieron lo posible porque los mexicanos compartieran sus conocimientos con ellos, invitándolos a dar cursos y a visitar sus centros académicos.⁴⁶

Algo parecido se pudo percibir entre los sociólogos. Frank Tannenbaum desde la Universidad de Columbia en Nueva York⁴⁷ o Lucio Mendieta y Núñez desde el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM,⁴⁸ tan sólo por mencionar a dos muy destacados, igualmente contribuyeron a que, por medio de la sociología, la preocupación por las es-

⁴⁶ PALACIOS, "Relaciones académicas", pp. 206-212, y DÁVALOS, "La antropología", pp. 232-235.

⁴⁷ HALE, "Frank Tannenbaum", pp. 245-246.

⁴⁸ MENDIETA, *Valor económico y social de las razas indígenas*, pp. 8-9.

pecificidades del pasado y el presente mexicanos se mantuvieran vivas hasta avanzados los años de la posguerra. Los economistas mexicanos Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas, así como sus colegas estadounidenses Nathan Wethen y Sanford Mosk siguieron pasos semejantes.⁴⁹ Y pensadores tan disímbolos como el californiano Lesley Byrd Simpson con su imprescindible *Many Mexicos* o el demócrata checo Egon Erwin Kisch con sus *Descubrimientos en México* también ayudaron a que los asuntos “mexicanistas” se ventilaran entre nacionales y extranjeros durante aquellos años cuarenta.⁵⁰

Sin embargo a finales de la década algo parecía haber cambiado. Octavio Paz lo vio a través de su muy particular mirada en 1950:

Era evidente que la nueva situación del país y del mundo exigía un cambio radical de dirección. Nación marginal, habíamos sido objeto de la historia: la segunda mitad del siglo xx —marcada por la independencia de las colonias y las agitaciones, revueltas y revoluciones de los países de la periferia— nos enfrentaba a otras realidades. Escribí en las últimas páginas de mi libro: “hemos dejado de ser objetos y comenzamos a ser sujetos de los cambios históricos”. Y agregaba: “La revolución mexicana desemboca en la historia universal [...]. Allí nos aguarda una desnudez y un desamparo [...]”. Algunos interpretaron una de mis opiniones, “somos contemporáneos de todos los hombres”, como una afirmación de madurez de nuestro país; al fin habíamos alcanzado a las otras naciones. Curiosa concepción

⁴⁹ SILVA HERZOG, *Una vida*; COSÍO VILLEGAS, *Extremos de América*; WETHEN, “El surgimiento de una clase media”; MOSK, *The Industrial Revolution*.

⁵⁰ SIMPSON, *Muchos Méxicos*, y KISCH, *Descubrimientos*.

de la historia como una carrera: ¿contra quien y hacia dónde? No, la historia es una intersección entre un tiempo y un lugar. La historia, dijo Eliot, es aquí y ahora.⁵¹

Estas ideas de Paz parecían cerrar el camino hacia el pasado en función de una serie de planteamientos un tanto estáticos y de definiciones que no abandonaban del todo el terreno de lo ambiguo. Proyectarse hacia un futuro en el cual había que transformar al mexicano y a su proyecto histórico era algo que también parecía darle identidad a los mexicanos. Esto suponía que además de lo mucho que había que hacer con la historia también era necesaria una proyección hacia el futuro. El tono autoritario de algunas visiones históricas y cierto “deber ser” establecido como recurso *sine qua non*, propio de las definiciones “esencialistas”, contradecían la posibilidad de una transformación en esa búsqueda histórica de “lo mexicano”, que apareció un tanto empantanada, a fines de los cuarenta, a medio camino entre lo unívoco y lo múltiple.

Algunos historiadores plantearon, sin embargo, la posibilidad de un camino abierto. Wigberto Jiménez Moreno profetizó en 1952:

Si se me pregunta ahora cuáles serán las tendencias que seguirán en los estudios antropológicos e históricos, esquivaré, tanto como pueda, el disfraz de zahorí. Más suponiendo que en el porvenir habrá de hacerse al menos una parte de lo que debiera hacerse, espero que se dará mayor énfasis a la historia regional,

⁵¹ MEYER, *Egohistorias*, pp. 76-84; FELL, “Vuelta a *El laberinto de la soledad*”, pp. 7-16. Una reflexión interesante sobre la visión de la historia mexicana en Paz aparece en JAIMES, *La reescritura*, pp. 119-142.

como corresponde a un México múltiple. Y la antropología y la historia no olvidarán que es México mosaico y museo (heterogeneidad de elementos componentes, grados diversos de evolución cultural). Nuevos estudios comprobarán el peculiar carácter mestizo de nuestra cultura –aceptando a la vez, lo indígena y lo hispánico– afianzando el concepto de una patria y una herencia cultural indivisibles. Un mayor énfasis sobre el siglo XIX concebirá las pugnas de liberales y conservadores no como novelescas luchas entre héroes y villanos, sino como expresión profunda y dramática del conflicto espiritual que venimos viviendo desde que, a mediados del siglo XVIII, empezó a agrietarse el sistema proteccionista que privaba a la vez en lo económico y lo ideológico, y empezamos a tener contactos íntimos con otras culturas: primero la francesa; después la americana. México, de nuevo, volvió a ser encrucijada, y surgió la duda acerca del camino que debería de seguirse.

Y refiriéndose a una mesa redonda que los historiadores protagonizaron en 1951 en la ciudad de Guanajuato con el tema de la independencia, Jiménez Moreno llamó la atención hacia lo que en gran medida parecía estar en el aire en materia historiográfica. Aun sin disponer de los enormes recursos historiográficos de los que dispone un historiador contemporáneo Jiménez Moreno propuso una visión integral, no exenta de cierto idealismo capaz de trascender y reformular la intención misma de la historiografía contemporánea. Jiménez Moreno escribía:

[...] hay que hincar el análisis sobre las ideas y los sentimientos, que son junto con las primeras necesidades, los verdaderos motores de los hechos. Esto, unido a un examen más certero de los factores económicos y sociales, desplaza el centro de gravedad de nuestros estudios, trayéndolos de la historia política hacia

la historia cultural, y de la mera narración de los sucesos, a la interpretación de lo que significan.⁵²

De esta manera, siguiendo los postulados de algunos historiadores y pensadores de principios de los años cincuenta, la categoría de “lo mexicano” en términos históricos como algo único y distintivo siguió vigente aunque declarando constantemente su estancamiento con visiones ejemplarizantes y principios de verdad enfática y única. Otra historiografía definida no tanto por su temática mexicanista o sus usos nacionalistas, sino por el uso riguroso de fuentes documentales y su afán interpretativo revisó sus descubrimientos y reflexiones como asuntos sujetos a una discusión constante con otras disciplinas y otros horizontes. Este tipo de historia lograría acercarse más a visiones múltiples capaces de reinterpretarse cuantas veces fuera necesario, con el fin de no definir de una vez por todas asunto alguno, sino de explicar desde su propio momento histórico el devenir de los mexicanos y su implícita relación con los fenómenos suscitados allende sus fronteras. Aun así me temo que todavía es posible descubrir tonos de “historia oficial” ejemplar, ya sean nacionalistas o internacionalistas, en buena parte de la producción historiográfica mexicana contemporánea. Baste recordar el gran cúmulo de verdades al parecer indiscutibles que inundó buena parte de los discursos oficiales y hasta académicos relativos a los festejos del bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución en 2010. Tal vez ello indique que los problemas de representación y de mexicanidad ante las propias miradas y las extranjeras todavía no estén resueltos del todo.

⁵² JIMÉNEZ MORENO, “50 años de Historia”, p. 454.

REFERENCIAS

ANDERSON, Benedict

Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

AZUELA, Alicia y Guillermo PALACIOS (comps.)

La mirada mirada. Transculturalidad e imaginarios del México revolucionario, 1910-1945, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

BRAVO UGARTE, José

Historia de México, México, Jus, 1962, 3 vols.

BRITTON, John A.

Revolution and Ideology, Images of the Mexican Revolution in the United States, Lexington, University Press of Kentucky, 1995.

COSÍO VILLEGAS, Daniel

Extremos de América, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.

CHÁVEZ OROZCO, Luis

Historia de México, México, Patria, 1935, t. 1.

DÁVALOS HURTADO, Eusebio

“La antropología”, en *México 50 años de Revolución*, t. 4, *La cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, pp. 207-238.

DELPAR, Helen

The Enormous Vogue of Things Mexican. Cultural Relations between the United States and Mexico 1920-1935, Tuscaloosa y Londres, University of Alabama Press, 1992.

DÍAZ ARCINIEGA, Víctor

Querrela por la cultura "Revolucionaria" (1925), México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

FELL, Claude

"Vuelta a *El laberinto de la soledad*. Conversación con Octavio Paz", en *Plural*, 5, 50 (1975), pp. 7-16.

FLORESCANO, Enrique y Ricardo PÉREZ MONTFORT (comps.)

Historiadores de México en el siglo XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

FUENTES MARES, José

"Comentarios al libro de Daniel Cosío Villegas *Porfirio Díaz en la revuelta de la Noria*, Hermes, México, 1953", en *Historia Mexicana*, III:4(12) (abr.-jun. 1954) pp. 606-611.

GELLNER, Ernest

Nationalism, Londres, Weidfeld and Nicolson, 1997.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis *et al.*

Panorama actual de la historiografía mexicana, México, Instituto Dr. José María Luis Mora, 1983.

HALE, Charles

"Frank Tannenbaum and the Mexican Revolution", en *The Hispanic American Historical Review*, 75:2 (1995), pp. 215-246.

Los ballazgos

Los ballazgos de Ichacateopan. Actas y dictámenes de la comisión, México, s. e., 1962.

HOBBSBAWM, Eric

Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth and Reality, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

JAIMES, Héctor

La reescritura de la historia en el ensayo hispanoamericano, Madrid, Espiral Hispanoamericana, 2001.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto

“50 años de Historia”, en *Historia Mexicana*, 1:3 (3)(ene.-mar. 1952), pp. 449-455.

JUNCO, Alfonso

Lumbre de Méjico, México, Botas, 1938.

KISCH, Egon Erwin

Descubrimientos en México, prólogo de Elisabeth Siefer, México, Offset, 1988, 2 vols.

KNIGHT, Alan

Nationalism, Xenophobia and Revolution. The Place of Foreigners and Foreign Interests in Mexico, 1910-1915, Oxford, Oxford University Press, 1974.

LIDA, Clara E. (comp.)

México y España en el primer franquismo, 1939-1950. Rupturas formales, relaciones oficiosas, México, El Colegio de México, 2001.

LIDA, Clara E. y José Antonio MATESANZ

El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962, México, El Colegio de México, 1990.

LOBJOIS, Eric

“Los intelectuales de la derecha mexicana y la España de Franco”, en LIDA (comp.), 2001, pp. 163-202.

LOMNITZ, Claudio

“What was Mexico’s Cultural Revolution”, en VAUGHAN y LEWIS, 2006, pp. 335-349.

MAGDALENO, Mauricio

Escritores extranjeros en la Revolución, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1979.

MARTÍNEZ, José Luis

Hernán Cortés, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

MATUTE, Álvaro

La teoría de la historia en México 1940-1973, México, Secretaría de Educación Pública, 1974.

MENDIETA Y NÚÑEZ, Lucio

Valor económico y social de las razas indígenas de México, México, D.A.P.P., 1938.

MENDIZÁBAL, Miguel Othón de

Las clases sociales en México, México, Nuestro Tiempo, 1957.

MEYER, Jean (comp.)

Egohistorias. El amor a Clío, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1993.

MOSK, Sanford

The Industrial Revolution in Mexico, Berkeley, University of California Press, 1950.

NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ, José de Jesús

Al margen de la historia. Migajas del banquete de Clío, México, Ediciones Botas, 1934.

ORTEGA Y MEDINA, Juan A.

Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970.

PALACIOS, Guillermo

“Relaciones académicas entre México y Estados Unidos, 1937-1945”, en AZUELA y PALACIOS, 2009, pp. 205-214.

PANI, Erika y Ariel RODRÍGUEZ KURI (coords.)

Los Centenarios: conmemoraciones e historia oficial, México, El Colegio de México, 2012.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo

Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México 1920-1952, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

Estampas de nacionalismo popular mexicano, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1995.

“Historia, literatura y folklore 1920 y 1940. El nacionalismo cultural de Rubén M. Campos, Fernando Ramírez de Aguilar e Higinio Vázquez Santa Ana”, en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, nueva época, 1:2 (1994), pp. 87-103.

Avatares del Nacionalismo Cultural. Cinco ensayos, México, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2000.

“Algunas versiones populares de la historia oficial durante la posrevolución, 1920-1940”, en PANI y RODRÍGUEZ KURI (coords.), 2012, pp. 191-239.

PRAKASH, Gyan

After Colonialism: Imperial Histories and Postcolonial Displacements, Princeton, University of New Jersey Press, 1995.

RAMOS PEDRUEZA, Rafael

La lucha de clases a través de la historia de México, México, Ediciones “Revista Lux”, 1934.

SAID, Edward

“Secular Interpretation, the Geographical Element, and the Methodology of Imperialism”, en PRAKASH, 1995, pp. 21-39.

SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín, Tomás PÉREZ VEJO y Marco Antonio LANDAVAZO (coords.)

Imágenes e imaginarios sobre España en México siglos XIX y XX, México, Porrúa, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2007.

SANTOS RUIZ, Ana Elisa

“Los hijos de los dioses. El grupo filosófico *Hiperión* y el estado mexicano: una aproximación a las construcciones identitarias y al nacionalismo posrevolucionario a mediados del siglo XX”, tesis de doctorado, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

SCHMIDT, Henry, C.

The Roots of “Lo Mexicano”. Self and Society in Mexican Thought, 1900-1934, Austin, Texas University Press, 1978.

SHERIDAN, Guillermo

México en 1932. La polémica nacionalista, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

SILVA HERZOG, Jesús

Una vida en la vida de México, México, Siglo Veintiuno Editores, 1972.

SIMPSON, Lesley Byrd

Muchos Méxicos, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

TEJA ZABRE, Alfonso

Guía de la historia de México, México, Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, 1944.

“Imágenes de México”, en *Historia Mexicana*, 1:3(3) (ene.-mar. 1952), pp. 355-371.

UGALDE, Alejandro

“Las exposiciones de arte mexicano y las campañas pro-México en Estados Unidos 1922-1940”, en AZUELA y PALACIOS (coords.), 2009, pp. 267-298.

URANGA, Emilio

“Optimismo y pesimismo del mexicano”, en *Historia Mexicana*, 1:3(3) (ene.-mar. 1952), pp. 395-410.

“El pensamiento filosófico”, en *México, 50 años de Revolución*, vol. IV, *La cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 523-555.

VALADÉS, José, C.

El Porfirismo. Historia de un régimen, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987, t. 2.

VAUGHAN, Mary K. y Stephen E. LEWIS

The Eagle and the Virgin: Nation and Cultural Revolution in Mexico, 1920-1940, Durham, N.C., Duke University Press, 2006.

VASCONCELOS, José

Breve historia de México, México, Botas, 1937.

VELÁZQUEZ, Mireyda (coord.)

Facturas y manufacturas de la identidad. Las artes populares en la modernidad mexicana, México, Museo de Arte Moderno, IXE-Amigos del Museo de Arte Moderno, 2010.

VILLEGAS, Abelardo

La filosofía de lo mexicano, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

WETHEN, Nathan

“El surgimiento de una clase media en México”, en MENDIZÁBAL, 1957.

YANKELEVICH, Pablo

La revolución mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales, México, Instituto Mora, 2003.

ZEA, Leopoldo

“La filosofía mexicana de José Gaos”, en *Universidad de México. Revista de la UNAM*, 521 (1994), pp. 19-25.

El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.